



La liberación y el regreso a la vida

08

Este programa pedagógico fue posible gracias
a la cooperación entre Yad Vashem,



y



y el generoso apoyo de:

The Soref-Breslauer
Texas Foundation

La liberación y el regreso a la vida

1.

Acerca de los primeros instantes tras la liberación nos cuenta **Bela Braver**, que estuvo prisionera en Auschwitz-Birkenau y fue liberada en Checoslovaquia.

“El guardián del campo que vino a abrir el portón dijo: Están ustedes libres, y pueden salir. Desaparecieron todos los guardias con los perros que siempre estaban parados en la esquina – todo desapareció como si nunca hubiera existido. ¡Ese era uno de los milagros! Entraron los rusos – y nosotros estábamos en un estado tal que nadie se movió, nadie salió. No reímos, no nos alegramos, permanecemos indiferentes – y vinieron los rusos. Vino un general, era judío. Nos dijo que era muy feliz porque era el primer campo en el cual encontraba personas aún con vida. Comenzó a llorar, y nosotros no. El lloraba y nosotros no”.

Judith Kleiman y Nina Springuer – Aharoni, *Keev Hashijrur*
[El dolor de la liberación], Yad Vashem, Jerusalén, 1995, pág. 15.

2.

Miriam Akavia, nacida en Cracovia en 1927, sobreviviente del campo de Plashov y de Auschwitz, llegó a Israel en 1946, describe en su testimonio:

“Creí que debía estar contenta, sentí las lágrimas, pero sabía que tenía que alegrarme. Comencé a llorar, pensé: ¿Qué es lo que me quedó? Y el primer pensamiento que pasó por mi mente fue: qué lástima, que llegaron demasiado tarde. Todo el mundo está destruido, todo lo digno en el mundo había desaparecido.

Y también yo estaba a punto de desaparecer, así que no...No me daba lástima sentir que estaba destinada a morir. Sentí lástima porque llegaron tarde, no por mí, lástima que llegaron tarde para salvar al mundo.

Miriam Akavia, Archivo de Yad Vashem, O.3, V.T/4543

3.

“Creo que el duelo jamás fue tan grande que el de este día de fiesta... Ese día, el 17 de enero, fue el día más triste de mi vida. Quería llorar, no de alegría sino de pena y aflicción. [...] ¿Qué festejo podía haber? ¡Estaba completamente quebrado! Durante los duros y difíciles años nos pudimos sostener y ahora... nos dominaba la debilidad. Ahora me estaba permitido ser débil [...] También la lucha por la vida tiene su final.

Todo el tiempo vivíamos con una sensación de misión, pero ahora... ¡Se terminó! ¿Para qué? ¿Para qué? [...] parados entre la multitud solos, abandonados, huérfanos, últimos, sabiendo muy bien que ya no hay más pueblo judío [...] nunca lloré, ni una sola vez me vieron afligido o angustiado; estaba obligado a vivir intensamente la vida, pero el 17 de enero todo... no es fácil ser el último de los Mohicanos.”

Itzjak (Antek) Zukerman, letziat Polin [La salida de Polonia], Hakibutz Hameujad, Beit Lojamei Haguetat, Tel Aviv 1988, pág. 15.

4.

Elie Wiesel, que era un joven de 15 años cuando cayó prisionero en Auschwitz, describió sus sensaciones y las de sus compañeros liberados:

“Nuestro primer gesto de hombres libres fue lanzarnos sobre la vituallas. No pensábamos más que en eso, ni en la venganza, ni en nuestros padres. Solo el pan. Y aun cuando ya no teníamos hambre, nadie pensó en la venganza, al día siguiente, algunos jóvenes corrieron a Weimar a juntar patatas, buscar ropa [...]

Tres días después de la liberación de Buchenwald, caí muy enfermo: una intoxicación. Fui transferido al hospital y pasé dos semanas entre la vida y la muerte.

Un día pude levantarme, después de reunir todas mis fuerzas. Quise verme en el espejo que estaba colgado en la pared de enfrente. Desde el gueto no había visto mi cara. En el fondo del espejo, un cadáver me contemplaba. Su mirada en mis ojos no me abandona más.”

Elie Wiesel, “Trilogía de La Noche”, Grupo Planeta, Barcelona, España, pág. 129.